

## Carta a los hermanos de Buenos Aires

Amados hermanos en Cristo que viven en Buenos Aires, familiares y amigos íntimos de Iván, y muy especialmente Gloria y queridos hijos de nuestro amado hermano:

Siento mucho el no poder estar allí con ustedes.

Pero no puedo dejar pasar esta hora sin decir algunas palabras justas y casi obligatorias. Me alegro de que lo que tengo para decir sobre Iván, no son meros homenajes póstumos. Son cosas que siempre dije, tanto a Iván como públicamente.

Para mí no es difícil elegir las palabras. La verdad, me tengo que cuidar para no alargarme mucho. ¿Qué decir de Iván? Ejemplo, tierno amigo, padre en la fe, sabio consejero, verdadero apóstol, amante de Jesús como pocos, incansable como si fuese siempre un jovencito y otra vez, un ejemplo.

Conocerlo y relacionarme con él fue siempre para mí una alegría y un desafío. Tengo que ser honesto y decir que muchas veces Iván fue una incomodidad. Sí, una bendita incomodidad para mi carne. Cuando por primera vez percibí como detestaba cosas simples como el fútbol, me asusté. ¡Qué radical! Pero ahí comencé a percibir un corazón que despreciaba cualquier cosa que no apuntase única y exclusivamente a Cristo. Toda charla, todo pensamiento, toda inclinación que no fuese para Cristo, era para Iván un lamentable tiempo perdido, una cosa sin propósito. En esos momentos él era una incomodidad, una bendita incomodidad, plantada en esta tierra por el mismo Dios, para ayudarnos a ver la gloria y excelencia de su Hijo Amado.

Quisiera que todos los amados argentinos supiesen cuánto era amado en nuestro Brasil. Más de 100 iglesias, algunas bastante numerosas, fueron plantadas como fruto de sus enseñanzas y orientaciones. Por todo Brasil era conocido y muy amado. Hay un episodio que ilustra esto: cuando Gloria necesitó una prótesis para la cirugía de sus rodillas, vimos la oportunidad de cooperar. Convocamos la ayuda de todas las iglesias en Brasil y en el exterior. Todos participaron aún más allá de sus posibilidades. Hubo casos de hermanos pobres, que salieron a las calles vendiendo sus pertenencias. Nunca contamos esto a Iván para no cargar su corazón sensible. Lo contamos ahora porque creemos que es justo que todos lo sepan. Pero este amor por Iván era el reflejo de la profunda marca que su vida y sus palabras produjeron en nosotros.

Aquí en Salvador, cuántas veces oí a hermanos comentando el impresionante amor que manifestaba por los perdidos, y su incansable dedicación a hablar con ellos. Los que lo conocían, muchas veces se asustaban. Cuántas veces vi a algunos chocarse con el desprecio que manifestaba por el púlpito. En verdad, Iván no era ni de lejos el mejor de los predicadores, nunca fue muy bueno en el púlpito. Pero los que lo conocían íntimamente podían entender por qué: Iván nunca salía del púlpito, estaba siempre allí, sea en nuestras casas o en las calles. Su vida era un púlpito permanente, el mejor púlpito que yo haya visto con mis ojos. El tipo de vida que solo leí en libros de biografías o en la Biblia.

Mis compañeros están, la mayoría, de viaje o de vacaciones. Pero sé que hablo en nombre de ellos, principalmente de Mario, mi amado compañero, un constante admirador y afectuoso amigo de Iván.

Si nos preguntan si somos discípulos de Iván, diremos que sí. No queremos ser discípulos de hombres, sólo de Cristo. Pero nadie nos señaló a Cristo como lo hizo Iván. Conocemos a muchos hermanos amados y valiosos, pero Iván fue incomparable en muchas cosas: en centralizar a Jesucristo, en despreciar toda gloria que no era suya, en valorizar la sabiduría de su ministerio terrenal en contraste con los proyectos de sabiduría

humana, en amar a los perdidos que Jesús tanto ama. Pero sobre todo, en depender de Él, siempre en oración, siempre humillándose, mirando a lo alto. Siempre se consideró como una nada, siempre huyo de las honras, siempre fue misericordioso y compasivo. Siempre nos sorprendía. Pero sobre todo, siempre nos mostró a Cristo, tanto con su vida como con sus palabras.

Agradecemos a la iglesia en Buenos Aires, que tantas veces nos cedió a Iván. Agradecemos muy especialmente a la amada Gloria, que nos compartió a su esposo. Agradecemos a Mónica, a Alex, y a Dani, por el amor que siempre nos demostraron y por permitirnos ser también a nosotros como hijos de Iván. Sobre todo agradecemos al amado Padre, que nos obsequió con tan preciosa vida y ministerio.

Al amado Jesús, Fuente de todo bien, toda gloria y toda honra.

A nosotros, la responsabilidad de tomar en serio y llevar adelante lo que de Jesús recibimos por medio de Iván.

Y a Iván, el precioso descanso en los brazos del Padre Eterno.

Con todo mi amor y cariño,

Marcos S. Moraes.

31 – 12- 2005